

AGENDA CIUDADANA

EL ALAMO

Lorenzo Meyer

Hipótesis .- Una forma de interpretar el resultado de las elecciones presidenciales de Estados Unidos en el 2004, es verlas como un triunfo de los afectados por el síndrome de El Álamo.

Fue en la primera parte del siglo XIX, cuando empezó a tomar forma en el imaginario texano algo que, con el paso del tiempo, se transformó en eso que puede llamarse “síndrome de ‘El Álamo’”. Se trata de un conjunto de actitudes y valores que terminaron por conformar el corazón de una “cultura de guerra”. Poco a poco, esa visión rebasó las fronteras de Texas y fue colonizando al resto de Estados Unidos, al punto que hoy tales actitudes son ya propias de un buen número de ciudadanos de ese país.

La respuesta positiva que tuvo en el 2004 la mitad de la sociedad norteamericana a la plataforma electoral de George W. Bush, puede explicarse no sólo por temores colectivos o por las preferencias por una visión conservadora del mundo, sino también porque la forma como el segundo presidente Bush y los suyos decidieron desempeñar el papel de superpotencia única, encaja bien con ese síndrome bajo discusión. Parte central de esa forma es sostener, contra la opinión del grueso de las naciones, la legitimidad del ataque preventivo contra Irak, un país que objetivamente no representaba una amenaza a la seguridad norteamericana pero que tiene petróleo y mantenía una actitud desafiante.

La idea de ligar ciertos usos y costumbres políticas texanas a hechos históricos como el espectacular triunfo sobre los mexicanos en 1836 y la guerra de 1846-1848, se encuentra planteada y desarrollada en un libro que acaba de aparecer y titulado *Deep in the Heart. The Texas Tendency in American Politics*, (Westport: Praeger, 2004), de James McEnteer,

un periodista con una perspectiva crítica de las tendencias más agresivas que se han manifestado en la cultura y en la política de origen texanas desde su separación de México hace 168 años.

La obra de McEnteer, cuya traducción no literal bien podría ser: *El impacto del Texas profundo en la política norteamericana*, es en realidad un largo ensayo histórico sobre los orígenes y evolución de una actitud texana que debe ser tomada en cuenta al intentar explicar la vida política de ese estado y del país del que forma parte. Obviamente, un rasgo cultural de origen regional no puede ser el único factor explicativo ni siquiera el más importante de algo tan complejo como es el diseño de la conducta internacional de la mayor potencia mundial. Sin embargo, por lo que se ha visto a lo largo de la campaña presidencial que culminó en las elecciones del pasado día dos, el discurso de George W. Bush en torno al papel de Estados Unidos como centro del sistema internacional, si contiene elementos cuyo origen puede rastrearse en experiencias y actitudes muy propias de Texas.

El Síndrome de El Álamo.- A los mexicanos les es familiar el episodio que, según McEnteer, es el hecho fundacional del más importante de los mitos texanos. A inicios del siglo XIX, la necesidad de proteger del expansionismo norteamericano a las regiones del septentrión novo hispano, llevó a que la corona española ordenara el establecimiento de presidios y misiones en la lejana Texas y a que alentara una política de doblamiento poblacional de la región. Esta idea de defender el norte a base de demografía más que de ejércitos que no había, fue continuada por el México independiente. Sin embargo, al final los colonos que llegaron a aposentarse en las tierras baldías de la región mexicana no fueron familias católicas de la Louisiana como se suponía, sino protestantes y esclavistas norteamericanos. Para inicios de los 1830 la mayoría de los habitantes de Texas ya no eran mexicanos y su interés de mediano y largo plazo era separarse de México.

Las diferencias de intereses entre el gobierno central mexicano y los colonos extranjeros estallaron en 1835. Un México débil y aún lejos de cuajar como estado nacional, decidió usar la fuerza para defender su integridad territorial. Fue así que, en febrero y marzo de 1836, las fuerzas mexicanas, superiores en número, derrotaron a los rebeldes texanos atrincherados en El Álamo y en Goliad. En El Álamo la resistencia fue particularmente tenaz, heroica sin duda. El vencedor, el general Antonio López de Santa Anna, amparado en un decreto que declaraba la pena de muerte para los extranjeros capturados con las armas en la mano, hizo lo que había hecho muchas veces antes con los insurgentes mexicanos a los que había combatido mientras sirvió a España durante la guerra de independencia: los fusiló. La victoria mexicana no sólo estuvo falta de generosidad para con el vencido sino que, finalmente, resultó efímera: un increíble descuido de Santa Anna en San Jacinto, hizo que el 22 de abril sus fuerzas fueran sorprendidas en un descanso y derrotadas en toda la línea por los insurgentes texanos. A partir de ese momento, el fusilamiento de los defensores de El Álamo y la vergonzosa derrota de sus verdugos por una fuerza texana inferior en número, dio pie a lo que analiza muy bien McEnteer: al mito fundacional de la historia de Texas.

El Mito.- El primer elemento del mito texano es la justicia de su causa: la independencia del yugo mexicano como condición indispensable para ejercer una libertad coartada por una autoridad tiránica, a la que despreciaban (nótese que la falta de libertad de los esclavos de los texanos, no entra en el relato). El segundo elemento es el rechazo a rendirse a pesar de la evidente superioridad numérica del enemigo. Otro más, es la figura del líder que no flaquea —el joven William Travis— y que, por tanto, sirve de inspiración para que el conjunto luche hasta el final. Según esta interpretación, la posterior derrota mexicana en San Jacinto, es ni más ni menos que el triunfo final del bien sobre el mal.

Finalmente, el que los perdedores mexicanos hayan sido siempre mayores en número a los vencedores texanos, deja en claro la superioridad física, intelectual y moral de los texanos sobre sus adversarios morenos. La guerra que siguió, la de 1846-1848 entre México y Estados Unidos, simplemente sirvió para confirmar ese sentido de superioridad. Finalmente, la historia que siguió de discriminación y violencia de los texanos blancos en contra de mexicanos y negros, fue la consecuencia lógica de lo ocurrido en El Álamo y Goliad.

Los Efectos del Mito.- Para McEnteer, la transmisión de lo ocurrido en 1836 por la vía de los libros de historia usados en las escuelas texanas, terminó por consolidar a El Álamo como el gran mito texano y transformarlo en fuente de inspiración al enfrentar a nuevos adversarios externos, reales o imaginados. Una vez establecido en Texas, el mito en cuestión fue reforzado y extendido a todo Estados Unidos con la ayuda, por ejemplo, de un costoso film actuado, dirigido y producido por John Wayne –personificación de la virilidad norteamericana-- en 1959 y que ganó siete oscars en Hollywood. Para el popular Wayne, que en la cinta personificó a David Crockett, El Álamo era “la mejor muestra de folklore de la historia” y, desde luego, la quintaesencia de lo norteamericano: pocos contra muchos, buenos contra malos, el triunfo de la libertad contra la tiranía... y de los blancos contra los oscuros.

Desde luego que El Álamo y la confianza en un final justo y feliz, se mezcló bien con la ideología y las necesidades norteamericanas de la Guerra Fría. Frente a la aparente delantera técnica de los soviéticos en 1957 con el lanzamiento del *Sputnik*, un influyente político texano, Lyndon B. Johnson, recomendó asumir como política nacional el espíritu de El Álamo: se podía perder la batalla pero se ganaría la guerra. Ya como presidente, y enfrentándose al problema de Vietnam, Johnson volvería a recurrir a esa memoria

histórica texana al asegurar: “Diantre, Vietnam es como El Álamo” (p. 130). Y justamente por eso, decidió que ahí no se debería perder ni la batalla ni la guerra; que lo apropiado era hacer lo que los texanos no habían hecho en 1836: acudir a tiempo y en número suficiente en apoyo de los sitiados; por tanto, decidió incrementar el número de tropas y la expansión de la guerra. Al final, ya lo sabemos, en Vietnam sucedió lo contrario a lo acaecido 130 años atrás: los norteamericanos ganaron muchas batallas pero perdieron la guerra.

Hoy.- Desde el inicio es claro a donde quiere conducir McEnteer a sus lectores: al encuentro del poderoso mito de El Álamo con el ataque de Al Qaeda a Estados Unidos el 11 de septiembre del 2001 y con el proyecto político del actual presidente texano, George W. Bush. Este segundo presidente Bush, nació en Connecticut pero se formó en Texas. Ahí desarrolló sus peculiares negocios petroleros y ahí fue gobernador, por tanto, se le puede y debe tener por texano.

La referencia al mito texano ofrece al actual presidente de Estados Unidos y a quienes el pasado 2 de noviembre decidieron identificarse con su política, los “valores firmes y sólidos que dan claridad y seguridad en tiempos de confusión y complejidad. El absolutismo moral que es antídoto contra de cualquier sentimiento de duda” (p. 172).

En la campaña electoral norteamericana del 2004 el candidato Bush resultó la personificación misma de la solución de fuerza simple, clara y directa contra la amenaza externa. Sin hacerlo explícito, Bush y su grupo de neoconservadores y de fervientes evangélicos, supieron pintar la situación de la gran superpotencia de tal manera que resultara equivalente a la de la pequeña fortaleza asediada en 1836 por los mexicanos. Osama bin Laden es el nuevo Santa Anna, que encabeza los ataques de un ejército de oscuros tercermundistas cuyo propósito no es otro que el de destruir a los mejores, a aquellos capaces de construir países democráticos en regiones mal administradas como

Afganistán e Irak, equivalentes a la Texas mexicana, sociedades nuevas, moral y materialmente superiores a las que les antecedieron. Así, la muy problemática invasión y ocupación de Irak, se pinta hoy, desde esta perspectiva, como un puñado de tropas norteamericanas –138 mil— empeñadas en abrir las puertas de la libertad y la democracia en el casi irredimible Medio Oriente. Pero para lograr sus propósitos deben enfrentar a multitudes oscuras que los mal entienden y a fanáticos asesinos que decapitan frente a las cámaras a sus prisioneros. Conviene observar que las cifras de las víctimas iraquíes –diez mil según los cálculos conservadores, cien mil, según la revista médica inglesa *The Lancet*— simplemente no entran en este cuadro.

No deja de ser irónico que la biografía del presidente George W. Bush y su extraordinariamente influyente y conservador vicepresidente, Dick Cheney, no cuadren bien con el papel que el mito de El Álamo exige a los líderes, pues en su momento, ambos personajes hicieron todo lo posible por no servir en el ejército cuando las probabilidades de terminar la vida en Vietnam eran grandes. Sin embargo, en la práctica esa falla de carácter y alejamiento del mito no ha restado entusiasmo a la parte de la sociedad norteamericana que les apoya en la idea de seguir una lucha sin cuartel y casi en solitario.

La Alternativa.- El oponente de George W. Bush, el senador John Kerry, no se mostró enteramente inmune del síndrome de El Álamo, ya que, después de todo y como afirma McEnteer, éste ya es parte de la cultura norteamericana. Sin embargo, y a diferencia del presidente, el senador que proviene de la costa Este, no mostró aversión al análisis político complejo, y si tuvo que simplificar un tanto el cuadro de lo que hoy enfrenta interna y externamente Estados Unidos, se debió, supongo yo, a la necesidad de no ofrecer un mayor blanco al simple pero eficaz discurso montado por Bush.

Desde luego que en las circunstancias actuales un cambio en la presidencia norteamericana del próximo cuatrienio no hubiera significado un cambio sustantivo en la política norteamericana, aunque cualquier alejamiento de la idea de seguir usando el mito de El Álamo como la columna vertebral de la acción internacional de la gran superpotencia en el siglo XXI, no hubiera venido mal al resto del mundo. Lástima que no fue así, ahora todos tendremos que esperar cuatro años más para que, se vuelvan a abrir las opciones.